

EL VUELO FELIZ
DE LA CIGÜEÑA

NILÚ



Guido Conti nació en 1965, en Parma, Italia, donde vive y trabaja. Ha escrito muchos libros, entre ellos la antología de relatos *Il cocco-drillo sull'altare*, ganadora en 1998 del premio Chiara, las novelas *I cieli di vetro*, *Il tramonto sulla pianura*, *Las mil bocas de nuestra sed* e *Il grande fiume Po*, y el ensayo *Giovannino Guareschi, biografia di uno scrittore*.

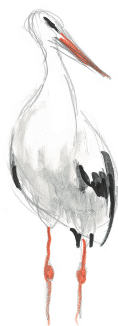
El vuelo feliz de la cigüeña Nilú ha tenido una excelente acogida por parte de lectores adultos y jóvenes, y se ha traducido también al griego y al coreano.

Guido Conti

EL VUELO FELIZ DE LA CIGÜEÑA

NILÚ

Una fábula que enseña a compartir
los dones que recibimos de la vida



Traducción:

NURIA MARTÍNEZ DEAÑO

Ilustraciones:

GUIDO CONTI

MAEVA  young

Título original:

IL VOLO FELICE DELLA CICOGNA NILOU

Director de arte:

SERGIO PAPPALETTERA / Studio Prodesign

Proyecto gráfico:

SIMONA EVA SAPONARA

Adaptación de cubierta para esta edición:

SANDRA DIOS

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© RCS Libri S.p.A., Milán, 2014

© de la traducción: NURIA MARTÍNEZ DEAÑO, 2016

© MAEVA EDICIONES, 2016

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maevayoung.es

ISBN: 978-84-16363-28-5

Depósito legal: M-1.264-2016

Fotomecánica: Gráficas 4, S.A.

Impresión y encuadernación: Unigraf, S.L.

Impreso en España / Printed in Spain

Si tienes un club de lectura o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás guías de lectura de algunos de nuestros libros. www.maeva.es/guias-lectura

MAEVA desea contribuir al esfuerzo colectivo y permanente de proteger y preservar el medio ambiente y nuestros bosques con el compromiso de producir nuestros libros con materiales responsables.

El sol del atardecer iluminaba el nido, construido encima de la chimenea de una fábrica de ladrillos. En el nido, mamá cigüeña miraba a su pequeña. La había llamado Nilú, como a una princesa de Oriente. Era la única cría que había nacido. Incubó los otros huevos con la esperanza de que alguno, desde dentro, llamara a la vida. No los tocó apenas; temerosa, los movía con el pico, pero se quedaron mudos.

Nilú era muy charlatana.

—¿Me cuentas la fábula del zorro y la cigüeña?

—Esta es una fábula antigua —comenzó mamá cigüeña—. El zorro invitó a cenar a la cigüeña y para reírse de ella le sirvió una sopa en un plato llano. Mientras el zorro se la bebía tranquilamente, la cigüeña, con su largo pico, lo intentó varias veces, pero se quedó con la boca seca. La cigüeña no dijo nada y días más tarde le devolvió la invitación al zorro. Para la cena preparó una sabrosa sopa de carne picada, que sirvió en un recipiente largo y estrecho. El pico de la cigüeña entraba a la perfección; sin embargo, el zorro era incapaz de meter el hocico. Al ver cómo lamía en vano el cuello del frasco, la cigüeña no paró de reírse mientras comía.

—Es una historia divertida —dijo Nilú, con su pico negro.

–No debes reírte de nadie y no debes fiarte de nadie. Es una ley de la vida: el mal siempre vuelve. Cuando volemos a la nueva casa, esa lección te será útil.

–¿Y el bien? –preguntó Nilú.

La madre dudó un instante, después dijo:

–El bien también vuelve.

–Háblame otra vez de cuando vayamos a la otra casa, donde están los animales de cuello largo, los gatos grandes que duermen en las llanuras verdes y los animales que tienen cuernos y corren en grandes manadas...

Mamá cigüeña observaba a su pequeña.

–Allí es donde me voy a hacer mayor, ¿no? –preguntó Nilú.

–Sí. Nos iremos pronto, ya verás, pero primero tienes que aprender a volar.

–Sí, aprenderé a volar –se repetía Nilú, mientras dentro del nido de ramas secas se levantaba y movía con fuerza sus pequeñas alas sin plumas.





Nilú empezó a crecer. Día tras día iba mudando su pequeño pijama de plumón para vestirse entera de plumas blancas, y su pico negro se volvía rojo anaranjado como el sol al atardecer.

Ya se levantaba, se mantenía erguida sobre sus finas patas. El calor del sol le daba fuerza y cada día crecía un poco más. Pero aún era muy delgada e inestable, aunque solo fuera para dar un paso.

Nada más despertarse abría las alas. Se las miraba con estupor: eran grandes y tenían las puntas negras. Nilú sentía dentro de sí la fuerza para abrirlas y el deseo de agitarlas en el aire. Quería abarcar todo el cielo con ellas. Un día, de tanto batir las alas, dio un pequeño salto, aterrizó en el nido y sintió vértigo. Había visto el vacío bajo ella. Le temblaba todo el cuerpo.

–Otro fallo, ¡tienes que vencer tu miedo! –le dijo su madre, que en ese momento aterrizaba en el nido.

Nilú volvió a mover las alas con esfuerzo. Le daba miedo caerse, pero el ansia era más fuerte que el miedo. Al día siguiente dio otro salto, batió varias veces las alas y se quedó suspendida en el aire, como si un hilo invisible la mantuviera entre la tierra y el cielo. Se miró las largas patas que le colgaban.

–Así, muy bien –le dijo su madre.

Nilú intentaba dar pequeños saltos y mover las alas cada vez con más brío. La fuerza y el deseo que sentía dentro de sí le infundían valor, pero no el suficiente para emprender el vuelo. A la madre le decía que también era feliz así, que solo quería probar, pero bajo toda aquella palabrería se escondía el miedo. Si mantuviera las alas bien tensas y se lanzara al aire, se despegaría del nido. Hace falta mucho valor para volar por primera vez, para vencer el miedo al vacío y poder planear ligera por encima del prado entre dientes de león, prímulas y margaritas.

Mamá cigüeña había criado a su pequeña ella sola. El día que Nilú apareció en su nido, su compañero se fue antes de que saliera el sol y aún no había regresado. Ella lo estuvo esperando hasta que cayó la tarde, y vivió la primera noche llena de angustia. No podía abandonar a su pequeña, pero al mismo tiempo deseaba ir en busca de su compañero. Mientras tanto, Nilú se quejaba de que tenía hambre.

Fueron días muy malos. Mamá cigüeña iba a buscar comida cerca del nido, sin perderlo nunca de vista, pero su mirada vagaba a lo lejos. Esperaba que apareciera en el cielo un vuelo conocido.

Le había preguntado a los cuervos y a las cornejas, también a las irrespetuosas urracas, que se reían de su pena. Nadie sabía nada, nadie le susurraba una palabra reconfortante.

Pasó una semana y luego otra. Su compañero había desaparecido en la nada, y eso la atormentaba aún más. Él nunca habría abandonado su nido. Llevaban años juntos, siempre en pareja, como todas las cigüeñas de la tierra, que se amaban de por vida. Debía de haberle pasado algo malo. Lo sentía en el corazón. Habían hecho juntos cuatro nidos entre África y la llanura del norte, y ese año,

después de los primeros tres huevos, vio a su compañero más guapo y más fuerte que nunca.

–Cuando aprenda a volar, iremos a buscar a papá juntas –decía Nilú.

Mamá cigüeña asentía con la cabeza. Pronto la esperanza se convirtió en dolor; la angustia se transformó en una amarga resignación. Aprendió a no esperar nada, tenía que pensar solo en su pequeña, ayudarle a crecer para el primer gran vuelo antes de que llegara el invierno.

–Cuando aprenda a volar, iremos juntas a buscar a papá –decía la pequeña, pero ella giraba la cabeza hacia otra parte, como si fuera a limpiarse las plumas, e intentaba esconder las lágrimas.

Su compañero se habría sentido orgulloso de su hija Nilú, que se estaba convirtiendo en una cigüeña cada vez más blanca y elegante. Había dejado de hablar como una cotorra. Crecía y se hacía más callada. Cuanto más se desarrollaba su cuerpo, más extendía las alas y más sinuosas eran sus formas. Sus continuos saltos en el nido eran gráciles. Se le había dulcificado la voz y mantenía el largo pico rojo oscuro próximo al cuerpo, en un gesto de timidez. Tenía unos ojos negros y una mirada cortante que no poseía ninguna de las otras cigüeñas de la zona. Su madre nunca había criado a una cigüeña tan guapa.

–Tu belleza es un don de tu padre –le dijo un día.

–¿Y cómo era él?

–Guapo y elegante, como tú. Era alto y callado. Estaría orgulloso si te viera. Tu padre vive en ti, en tus movimientos, no te olvides.

Nilú recordaba que por la noche, su madre, en lugar de dormir, se levantaba en el nido y bajo la luz blanca de la luna llamaba a su compañero como hacen las cigüeñas, moviendo el pico y echando hacia atrás la cabeza. Ese canto de amor se había convertido en una llamada de dolor y soledad que atravesaba la noche y acompañaba las largas noches insomnes de Nilú.

